

LA CARTA DEL PAPA FRANCISCO A LOS CONSAGRADOS, UN TEXTO QUE HAY QUE RECIBIR¹

Philippe Lécrivain (+), SJ²

El 21 de noviembre del 2014, el Papa Francisco dirigió una carta a los consagrados de todo el mundo. Este texto, que es de una real profundidad, merece que nos detengamos y que lo “recibamos”. Para ayudar a quien quiera dar este paso, recordaremos el contexto de esta

¹ Artículo publicado en la *Nouvelle Revue Théologique* 138-1 (2016), pp. 76-93. Agradecemos a la dirección de la *Nouvelle Revue Théologique* el permiso para publicar esta contribución. Traducción del francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, Abadía Gaudium Mariae, Córdoba, Argentina.

² Nació en 1941, en Blanc, en la zona de Indre. Ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús en 1975 en Lyon, después de haber sido ordenado sacerdote, en 1968, en la diócesis de Rennes. Ese fue también el caso del Padre André Manaranche –que se convirtió en jesuita después de haber sido ordenado sacerdote–, quien también falleció en estos últimos tiempos. Doctor en teología, el Padre Lécrivain era asimismo licenciado en sociología y tenía un máster en historia medieval y moderna. Tras haber dirigido el primer ciclo del centro jesuita de la calle Blomet, en París (1985-1987), fue profesor de Historia de la Iglesia en el Centro Sèvres, mientras daba conferencias en Sciences-Po Paris (1991-1996). Es también autor de un ensayo sobre la vida religiosa, *La manière de vivre des religieux. Une approche théologique*, Bruxelles, Lessius, 2009. En esta última obra, intentó no solo explicar la crisis de vocaciones y la de la vida religiosa, sino también elaborar una nueva teología de la vida religiosa para explorar caminos nuevos en fidelidad a las intuiciones fundacionales y a la regla de los orígenes. El Padre Philippe Lécrivain falleció el 13 de abril del 2020 en París, después de estar hospitalizado tres días a causa del Covid-19.

carta; subrayaremos a continuación los llamados y las esperas que conlleva; propondremos finalmente abrir algunas nuevas canteras, a las que nos compromete el mismo Papa.

Con motivo del 50º aniversario de dos textos del Vaticano II, la Constitución *Lumen Gentium* (LG) sobre la Iglesia, que en el capítulo VI trata sobre los religiosos, y el Decreto *Perfectae caritatis* (PC), sobre la renovación de la vida religiosa, el Papa Francisco decidió abrir un Año de la Vida consagrada desde el 30 de noviembre del 2014, primer domingo de Adviento, hasta el 2 de febrero del 2016, fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo.

Tras un mensaje a los Superiores generales el 29 de noviembre del 2013, y después de dos circulares de la CIVCSVA³ del 2 de febrero del 2014 y del 27 de septiembre, que retomaban diversos textos, el Papa Francisco dirigió el 21 de noviembre del 2014 una Carta a los consagrados de todo el mundo. “Les escribo como Sucesor de Pedro, a quien el Señor Jesús confió la tarea de confirmar a sus hermanos en la fe (cf. Lc 22,32), y me dirijo a ustedes como un hermano, consagrado a Dios como ustedes”⁴. La importancia de este texto, su sencillez y su profundidad, exigen que nos detengamos en él.

Para comprenderlo bien, sin embargo, debemos ubicarlo en el contexto tan turbulento de los últimos cincuenta años. Hecho esto, lo leeremos puntualizando sus principales aportes. Por último,

³ Congregación de Institutos de Vida consagrada y de Sociedades de Vida Apostólica.

⁴ Palabras con las que comienza la Carta. El autor del artículo omite colocar los números a los que corresponden los párrafos citados; aquí los hemos incluido, después de localizar cada párrafo. N.d.T.

dado que un texto no es verdaderamente “recibido” más que cuando permite proyecciones, abriremos varias canteras.

I. Gozos y esperanzas, tristezas y angustias

La constitución conciliar sobre *La Iglesia en el mundo actual* (GS) comienza con estas palabras:

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. (...)

Estas palabras caracterizan bien, cincuenta años después, los sentimientos de muchos. Conocemos los tiempos duros que ensombrecen el horizonte de los institutos religiosos⁵, pero conocemos también los esfuerzos realizados para enfrentar las transformaciones del mundo. Como muchos se han esmerado en describir tanto lo uno como lo otro, no es necesario retomar aquí toda la documentación. Contentémonos con puntualizar algunos elementos susceptibles de hacer más fácil la lectura de la Carta pontificia, y para esto, comencemos por caracterizar la “crisis” contemporánea⁶.

⁵ En nuestro desarrollo del tema, sin ignorar la expresión “consagrados” aparecida en 1983 en el Código de Derecho canónico, utilizaremos con más frecuencia el término “religiosos”.

⁶ P. LÉCRIVAIN, *Une manière de vivre. Les religieux aujourd’hui*, Bruxelles, Lessius, 2009, pp. 5-7.

1. Religiosos en búsqueda de identidad

Inmersos como sus contemporáneos en una sociedad en perpetuo cambio, los religiosos descubren que hacer proyectos a largo plazo, personal y socialmente, se convierte en un ejercicio peligroso.

a) Relaciones frágiles

La precariedad de los vínculos personales y sociales hace más difícil la elección de una manera de vivir y el deseo de permanecer en ella. Algunos, temiendo ver que este compromiso restrinja su libertad, se reservan puertas de salida. Otros, de modo parecido, por miedo a la “solidez” de las instituciones fundadas sobre nudos difíciles de cortar, prefieren optar por la “fluidez” de las redes donde es tan fácil conectarse como desconectarse.

La manera de vivir de los religiosos, así como la de las personas que viven en pareja, son lugares donde la “liquidez”⁷ se manifiesta en toda su gravedad. Asumen su compromiso con el deseo de vivir un amor durable y de construir una relación segura, pero no excluyen que pueda ser revocable. Muchas tragedias personales derivan de esta contradicción insoluble.

Hemos entrado “en la era de la democracia fluida, del amor fluido, de la vida fluida, de la angustia fluida”⁸. Las relaciones durables han sido “liquidadas” en beneficio de los vínculos flexibles,

⁷ Es un neologismo; podría equivaler a falta de solidez o de afianzamiento firme, de la misma manera como lo líquido tiende a transformarse o a adquirir la forma del recipiente. Dado que el autor del artículo lo incorpora, lo mantendremos a lo largo de todo el desarrollo de la exposición. N.d.T.

⁸ Z. BAUMAN, *L'Amour liquide. De la fragilité des liens entre les hommes*, Rodez, Éd. du Rouergue, 2004.

de las conexiones temporarias, que no cesan de modificarse. El mundo líquido de la modernidad triunfante se ha vuelto sin duda el de la libertad y la flexibilidad, pero también se ha vuelto el de la inseguridad.

Despojados de su certeza en lo que concierne a sus convicciones más firmes, los religiosos, al igual que sus contemporáneos, están llamados a enfrentar una grave crisis.

b) Una “feliz” crisis

Hablar así aumenta la paradoja. ¡Puede ser! Pero, en el *Exultet* de la Noche pascual, ¿no se proclama acaso esta “feliz culpa” que le valió al hombre la salvación? ¡No tengamos pues miedo de decir que actualmente el cristianismo está en crisis! Los cristianos y, entre ellos, los religiosos, conocen la fragilidad y la precariedad. Pero la fragilidad aceptada puede agudizar la imaginación, y la precariedad reconocida puede aguijonear a la creatividad.

¡Sigamos avanzando! Se atribuye esta crisis con frecuencia a la dureza de los tiempos; en realidad es inherente a la condición humana. Ligada a la historicidad de la existencia, es “inseparable de la cuestión del presente, del pasado y del porvenir”⁹. La crisis habita el corazón de todo buscador de Dios que marcha por el camino que conduce a la Cruz.

La crisis no es anecdótica, ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento; marca la vocación y la historia del pueblo de Dios. En resumen, “los hombres en crisis” pueblan el mundo de la Biblia, y

⁹ J.-L. SOULETIE, *La crise, une chance pour la foi*, Paris, L'Atelier, 2002, p. 21.

Cristo mismo no escapó de ella. ¿Cómo entonces podría ser de otra manera para sus discípulos? ¿No tienen ellos que considerar la crisis como una oportunidad que se les da para vivir una ruptura creadora, “instauradora”?

c) *Una identidad que hay que descubrir*

Hace ya algunos años, D. Hervieu-Léger explicaba que, en una sociedad que se ha vuelto a-religiosa, llega a ser difícil transmitir una identidad –cuando ésta está librada a la “ocurrencia” de cada uno–, y hacer vivir una memoria colectiva portadora de sentido para el presente y de orientaciones para el porvenir¹⁰. Este análisis es severo, y T. Radcliffe, al hacer referencia a esta crisis, ponía en guardia a los cristianos: “Aunque todo hombre tiene el derecho de elegir quién es, no puede elegir ser *no importa qué...*”¹¹.

Al igual que sus contemporáneos, los religiosos están llamados a descubrir su identidad. Pero, una afirmación tal, ¿no conduce a una antinomia? En efecto, hablar de *identidad* implica una “permanencia”, mientras que la referencia a un *descubrir* supone un “dinamismo”. Sin embargo, no estamos desorientados, porque, lo que denominamos “permanencia” encierra dos dimensiones: por un lado, las experiencias adquiridas que permiten agradecer a alguien; por otro, el terreno movedizo de una palabra dada y que hay que mantener. Mientras que la primera parte, se refiere a un “que” más o menos cosificado, la segunda remite a un “quien” responsable.

¹⁰ D. HERVIEU-LÉGER, *Le pèlerin et le converti*, Paris, Flammarion, 1999, p. 68.

¹¹ T. RADCLIFFE, *Que votre joie soit parfaite*, Paris, Cerf, 2002.

Es en la unión de estas dos dimensiones donde es posible el descubrimiento de una identidad¹².

Precisemos más. Los elementos contrastantes de una existencia humana encuentran forma coherente al organizarse según una trama narrativa. Pero, tal identidad es insuficiente, explica Paul Ricoeur. Uno no puede comprenderse a sí mismo –dice–, más que exponiéndose a otros relatos en los que puede no solo reconocerse, sino también descubrir aspectos insospechados de su vida. La idea de identidad narrativa llega hasta allí. Toma forma contándose y amplía su horizonte confrontándose con otros relatos.

Los relatos bíblicos permiten “a aquel que busca” considerar el espacio de su experiencia y el horizonte de su espera. El primero, que es la memoria de la que es portador, lo remite a un pasado no congelado sino susceptible de nuevas significaciones. En cuanto al segundo, que pertenece al orden del deseo, es la capacidad de imaginación que lo abre a la novedad. Debe haber un equilibrio: no hay que estrechar el “espacio de la experiencia” –el pasado siempre puede volver a abrirse– ni tampoco abrir o cerrar demasiado el “horizonte de la espera”, por un exceso de utopía o por desesperar demasiado de la acción.

2. Un largo proceso de renovación

Después de haber propuesto una lectura de la “crisis” que los religiosos atraviesan hoy, y subrayado su ambivalencia, intentemos

¹² Cf P. RICOEUR, “L’identité narrative”, *Esprit* 7/8 (1988), pp. 295-304.

esbozar a grandes rasgos las reacciones que ha suscitado¹³ esta “famosa ráfaga de viento del Espíritu” de la que habla el Papa Francisco. Tres momentos pueden recordarse: el entusiasmo conciliar (1959-1971), los grandes debates (1972-1985) y las búsquedas de los últimos treinta años.

a) *Los tiempos del “aggiornamento”*

Lumen Gentium 44-45 dice que la vida religiosa no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, sino que es un don divino¹⁴ que concierne a su vida y a su santidad¹⁵. Cuando retoma esta enseñanza en su exhortación *Evangelica testificatio* 11 (1971), Pablo VI introduce una idea nueva:

El carisma de la vida religiosa, en realidad, lejos de ser un impulso nacido “de la carne y de la sangre” (Jn 1,13), u originado por una mentalidad que “se conforma al mundo presente” (Rm 12,2), es el fruto del Espíritu Santo que actúa siempre en la Iglesia.

En su texto, Pablo VI habla a continuación del carisma del fundador y del instituto, dos expresiones que darán lugar a numerosas interpretaciones.

Sin entrar en estas discusiones, digamos que el carisma de un fundador remite a la experiencia del Espíritu vivida por este último y se caracteriza por una manera de ver y de vivir un aspecto del

¹³ Cf A. BOCOS MERINO, *Un relato del Espíritu. La vida consagrada postconciliar*, Madrid, Publicaciones Claretianas, 2011.

¹⁴ *LG* 43; *PC* 1-2.

¹⁵ *LG* 44.

misterio de Cristo¹⁶. En cuanto al carisma de un instituto, puede decirse que es la manera concreta como sus miembros viven el carisma del fundador. Podemos definirlo igualmente como el don particular que cada uno de los miembros del instituto recibe del Espíritu Santo para efectuar una misión específica al servicio de la Iglesia y del mundo. El carisma es, por eso, un don personal y colectivo, dado en vistas a la formación última de la comunidad del Reino, cuyo sacramento es aquí y ahora la Iglesia. Signos de esta comunidad que va a llegar, a los religiosos se les pide “manifestar”, “dar testimonio”, “representar”, “demostrar”, “mostrar a los ojos de todos”¹⁷.

En resumen, según los textos conciliares y la interpretación de Pablo VI retomada abundantemente por el Papa Francisco, el carisma de un instituto religioso, nacido de una relación íntima del fundador con Cristo y que ha dado color a su acción y a sus relaciones, remite a lo que denominamos la espiritualidad. Vivida por los hermanos o las hermanas que han elegido seguir a Cristo y adoptar su estilo de vida, el carisma remite también a la fraternidad. Finalmente, como lo subraya con fuerza *Evangelica testificatio* 17, el deseo de identificarse con Cristo, “que vino a este mundo no para ser servido, sino para servir”, no puede más que hacer sensibles al fundador y a sus discípulos, al “llamado de los pobres”. Es el ámbito de la misión.

¹⁶ LG 43-46; PC 1, 6, 13, 25.

¹⁷ LG 44, 46; PC 12, 13, 15.

La espiritualidad, la fraternidad y la misión son las tres dimensiones de esta realidad única que denominamos carisma. Cada una anima a las otras dos, al mismo tiempo que ella misma es animada por las otras dos. Las tres son complementarias e interdependientes, de modo que el equilibrio entre ellas es indispensable para llevar una vida religiosa auténtica y verdaderamente profética.

b) Y hubo grandes debates...

A lo largo de los años, aparecieron dos interpretaciones de la síntesis conciliar: una marcada por la secularización en los países del Norte; la otra, marcada por la opresión¹⁸ en los países del Sur y particularmente en América latina, de donde es originario el Papa Francisco.

En los países del Norte, inmersos en un mundo individualista y poco sensible a los valores espirituales, los religiosos anuncian el Reino de Dios y su trascendencia, son testigos de su fe sirviendo a los marginados y proponiendo su vida en comunidad como alternativa evangélica.

En los países del Sur, en cambio, al no poder permanecer sordos al clamor de los pobres¹⁹, los religiosos desean proporcionar al pueblo, encadenado por injusticias estructurales, la libertad y la luz de Dios. Impulsados por el Espíritu, “que habló por los profetas”,

¹⁸ V. CODINA, N. ZEVALLOS, *La vie religieuse*, Paris, Cerf, 1992.

¹⁹ Las Conferencias de Medellín y de Puebla han hecho de este clamor, donde se escucha el dolor del pueblo y su deseo de liberación, un lugar privilegiado de los sufrimientos de Cristo y de los gemidos del Espíritu, que dan nacimiento a una nueva humanidad.

asumiendo el riesgo de la persecución y del martirio, se esfuerzan por reorientar a la Iglesia al Reino de Dios.

Entre los años 1970 y 1980, se dan por tanto dos teologías postconciliares de la vida religiosa. Sería exagerado afirmar que la de los países desarrollados es mística, y que la de los países en vías de desarrollo es política, pues toda vida religiosa debe asumir esos dos aspectos. Los religiosos de los países ricos no pueden ignorar el riesgo que hay en colaborar en las injusticias contemporáneas y su solicitud por lo trascendente debe hacerse más concreta. Igualmente, los religiosos de los países del Sur no pueden olvidar que la fe debe iluminar sus elecciones y que la gratuidad del Reino de Dios debe transparentarse a todo lo largo de su vida. Su modo de cercanía no los exime de obrar según el Espíritu²⁰.

Durante este período, algunos, como Jean-Marie Tillard²¹ y Marcello Azevedo²², proporcionaron una presentación teológica renovada. Otros, yendo más lejos, pusieron de manifiesto los desafíos lanzados a los religiosos, como Jean-Claude Guy, al decir que los religiosos deben convertirse en la “memoria evangélica de la Iglesia”²³ y Johann Baptist Metz, al afirmar que tienen que ser “la forma institucionalizada de un recuerdo arriesgado en el seno mismo de la

²⁰ J. SOBRINO, *Liberación con Espíritu. Apuntes para una nueva espiritualidad*, Santander, Sal Terrae, 1985.

²¹ J.-M. TILLARD, *Devant Dieu et pour le monde. Le projet des religieux*, Paris, Cerf, 1971.

²² M. AZEVEDO, *Les religieux, vocation et mission. Une perspective actuelle et exigeante*, Paris, Centurion, 1985.

²³ J.-C. GUY, *La vie religieuse, mémoire évangélique de l'Église*, Paris, Centurion, 1987.

Iglesia”²⁴. Como muchos se preguntaban cómo era esa memoria o ese recuerdo, Johann Baptist Metz precisaba: “Los religiosos tienen que denunciar la falta de compromiso contraria al Evangelio y al seguimiento de Jesús”. Están llamados a llegar a ser la afirmación de “la memoria subversiva de la libertad de Cristo” contenida en el Evangelio.

c) *Hacia nuevas búsquedas*

En primer lugar, se buscó presentar mejor los votos que los religiosos pronuncian y los lugares donde ellos se exponen. Estas insistencias condujeron a privilegiar sus maneras de ser y de hacer. Algunos teólogos, sin embargo –y el Papa Francisco entre ellos–, al experimentar los límites de tal presentación, recordaron que los “votos” y los “lugares”, por esenciales que sean en la vida religiosa, no son más que las consecuencias de un encuentro con el Dios vivo que los condujo a entrar en una comunidad.

Estas búsquedas tomaron un giro nuevo bajo el impulso de Juan Pablo II quien presenta, en *Vita consecrata* (1996), la vida religiosa como *Confessio Trinitatis* (Consagración), *Signum Fraternitatis* (Comunión) y *Servitium Caritatis* (Misión)²⁵. En su Carta, el Papa Francisco no retoma el tema de la consagración, muy discutido durante el Sínodo de 1994. En cambio, subraya fuertemente la importancia de la fraternidad: “Que el ideal de fraternidad perseguido por los fundadores y fundadoras crezca en los más diversos niveles, como en círculos concéntricos” (Carta II, n. 3). Igualmente, insiste

²⁴ J. B. METZ, *Un temps pour les ordres religieux? Mystique et politique de la suite du Christ*, Paris, Cerf, 1981.

²⁵ B. SECONDIN, *Le parfum de Béthanie*, Bruxelles, Lessius, 1997.

en la fidelidad a la misión: “Nuestros ministerios, nuestras obras, nuestras presencias, ¿responden a lo que el Espíritu ha pedido a nuestros fundadores, son adecuados para abordar su finalidad en la sociedad y en la Iglesia de hoy?” (Carta I, n. 2).

Inicialmente previsto para transmitir las orientaciones de la exhortación *Vita consecrata*²⁶, el Congreso mundial, organizado en Roma en el 2004 de manera conjunta por la Unión de Superiores Generales y la Unión internacional de Superiores Generales, modifica sus objetivos para llegar al tema: “Pasión por Cristo, pasión por la humanidad”. Puesto bajo el doble símbolo de la Samaritana y del Buen Samaritano, este encuentro permitió un cambio de tono al invitar a los participantes a discernir lo que el Espíritu de Dios está suscitando en la vida religiosa, a comprender hasta dónde hay que responder a los desafíos actuales y cómo construir el Reino de Dios “para el bien de todos” (1 Co 12,7). La Carta del Papa Francisco hunde profundamente sus raíces en estas nuevas orientaciones.

En la presentación de los últimos cincuenta años que acabamos de hacer, ante todo nos hemos dedicado a mostrar cómo, en los torbellinos de la crisis atravesada, una pregunta queda planteada con fuerza a los religiosos: ¿quiénes dicen ustedes mismos que son? Planteado esto, hemos explicado la manera como el magisterio y los teólogos respondieron a este interrogante y abrieron progresivamente un nuevo espacio a la reflexión.

²⁶ Este congreso debía inscribirse también en las huellas de *Repartir du Christ*. Un compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio, un texto de la Congregación para los IVCSVA (2002).

II. Los llamados y las expectativas del Papa Francisco

Incluyéndose de una manera muy personal, como dijimos, en los esfuerzos realizados desde hace cincuenta años, el Papa Francisco, en su Carta invita a los religiosos a atravesar las dificultades contemporáneas. Les pide que se reanimen y, retomando las palabras de Juan Pablo II, escribe: “Pongan los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu los impulsa para seguir haciendo con ustedes grandes cosas”²⁷.

1. ¡Lleguen a ser lo que están llamados a ser!

En su Carta, para expresar la identidad de los religiosos, el Papa no sigue la teología medieval, que hacía de la manera de vivir de los religiosos un “estado de vida” estable, incluso un “estado de perfección”. Retomadas por el Vaticano II y en *Vita consecrata*, esas consideraciones no dejaron de plantear preguntas a los Superiores generales en la Asamblea general de 1996: hablar de un “estado de vida”, ¿acaso no es definir a la vida religiosa como una estructura cuando es esencialmente un dinamismo espiritual? Por otra parte, hablar de un “estado de perfección”, ¿acaso no es orientar el pensamiento hacia comparaciones estériles y separar a los religiosos de su enraizamiento en un pueblo que en su totalidad está llamado a la santidad? Compartiendo estos cuestionamientos, el Papa

²⁷ JUAN PABLO II, *Vita consecrata* 110.

Francisco inscribe su reflexión en el movimiento de los tiempos y fija a los religiosos tres objetivos.

a) *¡Hagan memoria del pasado!*

“Poner atención en la propia historia -escribe el Papa- es indispensable para mantener viva la identidad y fortalecer la unidad de la familia y el sentido de pertenencia de sus miembros” (Carta I, n. 1). Sin embargo, como lo había hecho antes Michel de Certeau²⁸, recuerda que no hay que cultivar nostalgias inútiles.

Seamos más precisos. Que un instituto religioso vuelva sobre su tradición para descubrir su presente y que esta lectura del pasado pueda ser un acto de lucidez, se admite sin dificultad. No obstante, conviene recordar que uno no puede acceder desde el pasado al presente, pues es desde el presente como se va al pasado. Son las urgencias del hoy y el sentido que nosotros les damos, las que organizan nuestro ayer y lo ordenan en el sistema mental de nuestros cambios. Cada generación de religiosos, ¿acaso no pretende deslindar el espíritu verdadero del fundador, el espíritu de los orígenes?

Desde su nacimiento, cada instituto “hace” su historia, reescribiéndola, de etapa en etapa, para un hoy siempre nuevo. Pero, en este proceso, se advierte una diferencia que denota una conciencia nueva. Así como los primeros herederos no podían y no querían ver más que la continuidad, las generaciones actuales no ven como algo malo que se discierna una distancia entre el pasado y su interpretación. De una parte y de otra, continuidad

²⁸ M. de CERTAU, “L'épreuve du temps”, *Christus* 51 (1966), pp. 311-331. Este texto fue retomado en *La faiblesse de croire*, Paris, Seuil, 1987, p.53-74.

y discontinuidad son igualmente ciertas, pero desigualmente conscientes: los primeros compañeros se diferenciaban en el interior de una tradición; hoy es a partir de un distanciarse como se encuentra el sentido de la historia.

b) ¡Vivan el presente con pasión!

Cuando los religiosos profesan para vivir el Evangelio, comprometen su fe en esa palabra; pero, más que una simple adhesión intelectual, este paso expresa algo de un orden que los excede. No basta leer y meditar el Evangelio, es necesario vivirlo con pasión.

Y el Papa Francisco no deja de preguntar: en la vida y en las opciones de los religiosos, el Evangelio ¿es verdaderamente su vademécum? Jesús ¿es realmente su primer y único amor? (cf. Carta I, n. 2). Solo dándose totalmente ellos mismos, podrán amar en la verdad y la misericordia a quienes encuentren en sus caminos. En el cristianismo, no hay otra manera de ser hermanos que la de vivir como hermanos. La fraternidad no es algo ya del todo hecho; es una vocación.

En una sociedad de enfrentamientos, de difícil convivencia entre las diferentes culturas, de menosprecio de los pobres y de los más débiles, los religiosos, según el Papa Francisco, están llamados a ofrecer un modelo concreto de comunidad: “¡Sean, pues, mujeres y hombres de comunión!”. “¡Sean un signo creíble de la presencia del Espíritu, que infunde en los corazones la pasión de que todos sean uno! (cf. Jn 17,21)”. “¡Vivan la *mística del encuentro!*” (cf. Carta I, n. 2) ¡Que su caridad sea sin límites, que no deje de abrir innumerables caminos, que los impulse a llevar el Evangelio cada vez más lejos, en las culturas y los medios sociales más diversos! (cf. Carta I, n. 2).

c) Abracen el porvenir con esperanza

En agosto del 1977, en una conferencia a los religiosos de Colombia, Pedro Arrupe, por entonces General de la Compañía de Jesús, se expresaba así: “La acción del Espíritu se manifiesta de ordinario por una doble conversión. Se trata de volver a Dios, de quien debemos recibir la fuerza y la inspiración; y de volvernos al mundo al que deseamos servir por medio de la Iglesia”²⁹.

Con otras palabras y dirigiéndose a un público más extenso, el Papa Francisco se interroga: “¿Estamos anclados a orillas de un amplio océano o en el borde de una laguna artificial que hemos realizado con nuestras reglas y nuestros comportamientos? ¿Estamos anclados donde todo es confortable, donde todo está asegurado?” En esta Carta, su respuesta es clara: «Precisamente en estas incertidumbres, que compartimos con muchos de nuestros contemporáneos, se levanta nuestra esperanza, fruto de la fe en el Señor de la historia, que sigue repitiendo: “No temas, porque yo estoy contigo” (Jr 1,8)» (cf. Carta I, n. 3).

La esperanza que no defrauda permitirá a los religiosos continuar escribiendo una gran historia en el porvenir, hacia el cual ellos deben volver su mirada.

2. ¡Sean los testigos de otra manera de vivir!

En el mensaje que dirigió el 29 de noviembre del 2013 a los Superiores mayores, el Papa Francisco deseaba ver a los religiosos

²⁹ Cf. P. ARRUPÉ, *Écrits pour évangéliser*, Paris, DDB, 1985, p. 335.

volverse testigos evangélicos llenos de humanidad, expertos en fraternidad, profetas capaces de despertar al mundo, desplazándose entre fracturas y periferias. Estos deseos son precisados en las dos circulares de la CIVCSVA de febrero y septiembre del 2014, redactadas a la luz de la exhortación *Evangelii Gaudium* (noviembre 2013). Una tiene como título: “¡Alégrense!” y la otra “¡Escruten los signos de los tiempos!”.

a) *¡Que la alegría esté donde están los religiosos!*

Citando una homilía de Benedicto XVI: “La Iglesia no crece por proselitismo sino por atracción”³⁰, el Papa Francisco explica que las “campañas vocacionales” por sí solas son insuficientes y que es más importante poder mostrar a aquellos que buscan... ¡hombres y mujeres felices!: “Es la vida de ustedes la que debe hablar, una vida en la que se trasparenta la alegría y la belleza de vivir el Evangelio y de seguir a Cristo” (II, 1). Sal de la tierra y luz del mundo, los cristianos –y entre ellos, los religiosos–, están llamados, según la lógica del amor instaurada por Cristo, a hacer presente la levadura del Reino por su testimonio de fraternidad, de solidaridad y de compartir.

Dar es uno de los grandes estribillos del Sermón de la Montaña: “no niegues... no reclames... presta sin esperar nada... da y se te dará”. Pero es necesario tener cuidado: dar puede ser también un medio para conquistar y valorizarse, porque uno se valoriza mucho siendo generoso. La pura alegría de dar, la alegría de unirse al que

³⁰ PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 1

recibe, solo el pobre la puede conocer; es decir, quien ha tenido la experiencia de las Bienaventuranzas y descubre cómo Dios da. “Delante del testimonio contagioso de la alegría, de la serenidad, de la fecundidad; delante del testimonio de la ternura y del amor, de la caridad humilde, sin violencia, muchos sentirán la necesidad de venir y ver”.

Pero el Papa se hace más preciso: «Que entre nosotros no se vean caras tristes, personas descontentas e insatisfechas, porque “un *seguimiento* triste es un triste *seguimiento*”». Los cristianos, como las demás personas, tienen dificultades: noches del espíritu, decepciones, enfermedades, vejez. «Precisamente en esto deberíamos encontrar la “perfecta alegría”, aprender a reconocer el rostro de Cristo que se hizo en todo semejante a nosotros y sentir por tanto la alegría de sabernos semejantes a Él, que no ha rehusado someterse a la cruz por amor a nosotros» (cf. Carta II, n. 1).

b) ¡Hagan de sus comunidades escuelas de comunión!

Retomando las palabras de Juan Pablo II, el Papa Francisco invita a los religiosos a llegar a ser “expertos en comunión” y les recuerda que una experiencia espiritual vivida y compartida no puede conducir más que a una existencia fraterna. Pero esta experiencia que produce la comunión, también, en su misma génesis, es del orden de la misión. Los que han formado un cuerpo conjuntamente, experimentan que están reunidos para vivir el Evangelio en el mundo, allí de donde han sido “tomados”.

Así, aunque la comunión es primera, nunca es dada por adelantado. Es recibida enraizándose cada vez más en el mundo de hoy. Unirse en nombre de Cristo y dejarse guiar por el Espíritu

no puede hacerse sin cuestionamientos. La urgencia de la misión, siempre abierta hacia el porvenir, provoca muchas tensiones en la comunión. La expresión paulina *el amor de Cristo nos apremia* (2 Co 5,14) pone precisamente de relieve este carácter turbulento del amor de Cristo.

Hay pues aquí un principio de discernimiento. La referencia a la inspiración de la fundación, que está en el centro de la comunión, debe estar situada en el hoy de la misión para seguir siendo vivificante y creadora. Según Jean-Claude Guy, un cuerpo religioso nunca termina de acoger esta vocación porque nunca termina de responder a ella³¹. En el centro del proyecto de los religiosos, estructurado por la comunión y la misión –su otra cara–, hay, por lo tanto, un testimonio de fe que los religiosos deben, por una parte, a sus hermanos, en nombre de la solidaridad, y por otra parte, a sus contemporáneos, pues han sido dados por Dios a la Iglesia y al mundo.

c) ¡No renuncien jamás a la profecía!

En su encuentro con los Superiores Generales el 29 de noviembre del 2013, el Papa Francisco recordó: “La radicalidad evangélica no corresponde solamente a los religiosos: se pide a todos. Pero los religiosos siguen al Señor de una manera especial, de manera profética”. Según él, esa es la prioridad que se reclama actualmente: “Ser profetas que testimonian cómo Jesús vivió en esta tierra...” (Carta II, n. 2).

³¹ J.-C. GUY, *La vie religieuse, mémoire évangélique de l'Église*, Paris, Centurion, 1987 (citado del n. 19), p. 154.

En otras palabras, se trata de proclamar que es posible otro mundo. Pero el Papa insiste: «Espero, pues, no que mantengan vivas las “utopías”, sino que sepan crear “otros lugares” donde se viva la lógica evangélica del don, de la fraternidad, de la acogida de la diversidad, del amor mutuo» (Carta II,2).

Y esta disposición puede conducir muy lejos, hasta las “periferias existenciales”, en los lugares más inhóspitos del planeta. “Vayan al mundo entero”, dice el Papa, fue la última palabra que Jesús dirigió a los suyos, y que sigue dirigiéndonos hoy a todos nosotros (Mc 16,15). ¡Hay toda una humanidad que espera! (cf. Carta II, n. 4).

III. Abrir nuevas canteras

Los religiosos, dijimos, son “la memoria evangélica” de la Iglesia. Pero afirmar esto hace surgir muchas preguntas. En efecto, ¿cómo en un mundo saturado de mensajes, puede el Evangelio ser comprendido como *brisa suave* y, al mismo tiempo, como *palabra poderosa*? ¿Cómo puede el Evangelio ser la *espada* que penetra en lo más profundo de los corazones y ser la *Palabra* que abre un espacio donde pueda recibirse por lo que ella es? Aunque es difícil responder a estas preguntas de manera exhaustiva, podemos al menos recordar dos de las condiciones que lo harán posible.

1. *Abrirse para imaginar algo nuevo*

Cuando el Papa Francisco pide a todos los miembros de la Iglesia que vayan a las “periferias existenciales”, no quiere decir promover el viejo esquema misionero que quería que se fuera a llevar a lugares

“particulares” lo que había sido pensado de una manera “universal” en un centro único.

a) Nuevas posiciones

El universo de la globalización contemporáneo es totalmente distinto. En adelante, es en una vasta red de múltiples centros donde los religiosos están llamados a vivir y a pensar su porvenir. El desafío que tienen que asumir no es pues ya buscar expandirse por todas partes, sino aspirar a estar presentes en las encrucijadas más importantes. En el Evangelio, Cristo resucitado, ¿no cita a sus discípulos en la Galilea de las naciones?

De lo que precede surge que la comprensión de la Iglesia y de su misión debe transformarse y, en consecuencia, que la manera de vivir y de pensar de los religiosos debe plantearse interrogantes. Muchos tienen esta intuición, pero carecen de elementos para hacerlo y de palabras para expresarlo. El Papa Francisco, no obstante, se torna insistente: “Nadie debería eludir una verificación seria sobre su presencia en la vida de la Iglesia y su manera de responder a los continuos y nuevos interrogantes que se suscitan alrededor de nosotros, al grito de los pobres” (Carta II, n.5).

Si los religiosos son “dados a la Iglesia” para exponerse en las nuevas fronteras, ellos tienen que aprender, hoy más que nunca, que allí tienen que comunicar lo que –mejor dicho a Aquel– que les hace vivir de esa manera. Una orientación tal, según el Papa Francisco, debería conducirlos “a militar por una globalización alternativa, una globalización con rostro humano que debería ser el fundamento de una catolicidad auténtica”.

Y el Papa llega a concluir: “Encontrarán la vida dando la vida, la esperanza dando esperanza, el amor, amando” (Carta II, n. 4)

*b) Ciudadanos de un mundo en fuga*³²

Al comienzo de toda misión, allí está pues la presencia; estar allí como un signo del Reino al lado de aquellos cuya historia, cultura o religión son diferentes. Pero esto no es más que un principio. ¿Acaso esta presencia no lleva a la epifanía y finalmente a la proclamación? Es necesario que la palabra se haga carne y la carne, palabra.

Pero nuestro mundo en fuga, cada vez más “líquido”, es incontrolable. Ignoramos a dónde va, hacia la felicidad o la miseria, la prosperidad o la pobreza. Como las demás personas, tampoco los cristianos tienen alguna información privilegiada. Creen solamente que al final, llegará el Reino de Dios: “Olvidándome del camino recorrido, –escribe Pablo– me lanzo hacia adelante y corro en dirección a la meta, para alcanzar el premio del llamado celestial que Dios me ha hecho en Cristo Jesús” (Flp 3,13).

Querer llegar a ser ciudadano del Reino, es vivir esta tensión, aceptando sufrir el estar incompleto, hasta el día en que se llegará a conocer por fin la plenitud. Por el momento, día tras día, yendo de campamento en campamento, de comienzo en comienzo, hay que avanzar en una sociedad cambiante, corriendo el riesgo de vivir para los demás y de dejarse ahondar por el deseo de Dios.

³² Cf. T. RADCLIFFE, “La misión dans un monde en fuite: les futurs citoyens du Royaume de Dieu”, conferencia dada en la asamblea anual del SEDOS el 5 de diciembre del 2000.

c) *¡No sin los demás!*

Como hace notar Stanislas Breton³³, la primera condición para que en una red se puedan tener reales relaciones, es que nadie acapare el espacio para absorber todo el aire; o bien, dice también, adoptando la terminología de los conjuntos matemáticos, es necesario que nadie sea la parte total que recapitula y fundamenta a todas las demás sin excepción.

En la última parte de su Carta, el Papa Francisco esboza los “horizontes de la vida consagrada”: “los cristianos que acompañan a los religiosos”, “el pueblo cristiano en su totalidad”, “los consagrados de otras tradiciones cristianas” y “los miembros de las grandes tradiciones religiosas”. Para terminar, el Papa se dirige a los obispos. Sin ignorar nada de las tensiones que a veces existen entre ellos y los religiosos, les recuerda lo que él mismo había dicho en el Sínodo de 1994: “La vida consagrada es un don para la Iglesia, nace en la Iglesia, crece en la Iglesia, y está toda orientada hacia la Iglesia”.

Finalmente, el Papa Francisco pide a los religiosos que acepten el hecho de ser “uno entre los demás”, es decir, no poder existir sino en relación. Para precisar esta invitación, pueden retomarse las tres preposiciones tan conocidas: hacia, con y para. *Hacia* los otros: no puede haber una relación más que en el respeto de lo que los demás son y de lo que yo soy. *Con* los otros: supone que todo el mundo esté en el mismo nivel, que nosotros no estamos ni por encima ni por debajo, ni a un costado. *Para* los otros: no se es nada sin amistad.

³³ S. BRETON, *L'avenir du christianisme*, Paris, DDB, 1999, p. 163.

Por rudimentaria que sea, esta fenomenología constituye lo que me gustaría llamar el *ser-interior* del espacio religioso que se perfila hoy. ¡Nada sin ti! Estas palabras, que recuerdan un punto esencial del pensamiento de Michel de Certeau, son sin duda de Martín Heidegger, pero, son también las palabras de la fe, las del apóstol Pablo (Rm 8,35). ¡Nada sin ti! Esto significa: nada sin Él, Cristo; nada sin nosotros, sus amigos; nada sin los otros, aquellos sin quienes no podemos ni pensar ni vivir.

2. Nuevas maneras de vivir

Digámoslo una vez más, los religiosos han sido dados por Dios a la Iglesia y a la sociedad para un nuevo comienzo del Evangelio. Apoyándose en este punto fundamental, el Papa Francisco, al modo latinoamericano, afirma con fuerza la función profética de los religiosos. Aunque ya hablamos de esto, debemos volver para mostrar sus proyecciones. En efecto, si bien los religiosos jamás pueden renunciar a la profecía, deben también llegar a ser sabios y poetas³⁴.

a) Un nuevo arte de hablar

En el devenir del pueblo de Israel, los profetas desempeñan un papel capital. Se oponen a la tentación del pueblo de olvidarse de Dios y de estructurarse fuera de la Alianza. Confrontados con el misterio del sufrimiento, no pueden callarse. Cuando dirigen hacia

³⁴ Retomamos aquí algunos temas abordados en nuestra obra: *Une manière de vivre...*, pp. 88-90.

su sociedad una mirada no complaciente, es porque descubren en ella la huella del mensaje que Dios dirige a su pueblo en ese momento preciso de su historia, y porque creen en su porvenir.

Con respecto a los acontecimientos que acompañan la existencia del pueblo, los profetas proporcionan interpretaciones del pasado y hacen pronósticos para el futuro. Intentan sobre todo comprender las rupturas que dan ritmo a la trama del tiempo y anuncian el hoy de Dios. Denuncian las mentalidades y las instituciones que extinguen el Espíritu.

En síntesis, a los profetas les corresponde denunciar, anunciar y renunciar: denunciar todo lo que aniquila al hombre, lo aplasta y lo deja por el suelo; anunciar a un Dios para quien cada hombre tiene valor; renunciar a todo lo que contradice en los hechos el mensaje. Estas tres funciones podrían ser las de los institutos religiosos en una Iglesia local.

Y sobre este punto, el Papa Francisco es muy claro:

“Espero de ustedes gestos concretos de acogida a los refugiados, de cercanía a los pobres, de creatividad en la catequesis, en el anuncio del Evangelio, en la iniciación a la vida de oración. Por tanto, espero que se aligeren las estructuras, se reutilicen las grandes casas en favor de obras más acordes a las exigencias actuales de la evangelización y de la caridad, se adapten las obras a las nuevas necesidades” (Carta II, n. 4).

b) Caminos de sabiduría

Corresponde a los institutos religiosos también asumir una función sapiencial, diferente de la función profética. La sabiduría busca comprender la coherencia de los diversos niveles de existencia. Se fija menos en las rupturas que en las armonías. Una exigencia

tal es, en una palabra, buscar una real calidad de vida con una preocupación ecológica verdadera y relaciones auténticas con los demás.

Esta sabiduría tiene que ser recordada con fuerza en un mundo que va cayendo en una cultura donde el otro es un rival, un enemigo, un terrorista que se oculta, un demandante de asilo potencial o un inmigrante que molesta. Es la civilización del anti-hermano. ¿Cómo no volver a descubrir aquí la actualidad de las preguntas fundamentales del libro del *Génesis*: “¿Qué has hecho...?”. “¿Dónde está Abel, tu hermano?” (Gn 4,9-10).

Actualmente, la sabiduría debe proponer la utopía de una fraternidad universal, de una comunidad de hermanos que compartan y se respeten. Y el Papa Francisco no deja de precisar: “Nadie construye el futuro aislándose, ni solamente con sus propias fuerzas, sino reconociéndose en la verdad de una comunión que se abre siempre al encuentro, al diálogo, a la escucha, a la ayuda mutua, y nos preserva de la enfermedad de la auto-referencialidad” (Carta II, n. 3).

c) Tiempo de la “poesía”

Dado que, como acabamos de decirlo, los profetas son invitados a estar más atentos a las rupturas, y los sabios, a las armonías, los “poetas” son llamados a sentir y a expresar todo lo que germina y da nuevos brotes, todo lo que es promesa de libertad y de porvenir. Ellos son los centinelas y los que despiertan. Están al acecho de la aurora y dan la esperanza de nacer y de crecer. Si bien tienen la fuerza de los profetas y la mansedumbre de los sabios, tienen también como función la de abrir los ojos del pueblo, la de impulsar

su imaginación creadora y la de ayudarlo a dar respuestas nuevas a los nuevos desafíos que se les presenten³⁵.

En una Iglesia local, corresponde al obispo la función de la unión y de la integración, a los religiosos la función poética de la creatividad y de la inventiva; a los “poetas” inspirados por el Espíritu corresponde hacer de la misión, una creación nueva: ponerse en camino, volverse hacia el futuro, hacer estallar las barreras del tiempo. Este es el otro nombre de la misión, esta es su dimensión poética: “¡Levántate, te queda un largo camino por recorrer!”. Pero, durante esta marcha, precisa el Papa Francisco, “es la vida de ustedes la que debe hablar, una vida que trasparenta la alegría y la belleza de vivir el Evangelio y de seguir a Cristo” (Carta II, n. 1).

Como “poetas”, los religiosos tienen también que descubrir que el Dios hacia el que marchan no está sólidamente establecido en la cumbre de su creación, sino que por el contrario tiene la fragilidad de una historia en la que no pretende darse en espectáculo. El Dios de la historia se revela en la fe antes de darse a ver. Se revela a quien se atreve a arriesgar su vida en el seguimiento de Cristo para crear la historia con Él. Los “poetas” son creadores. Citando a Juan Pablo II, el Papa Francisco recuerda: “¡Ustedes no solamente tienen una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir!”³⁶.

³⁵ En esta expresión se esconde la dimensión mística que está en el corazón de la vida de los religiosos. Cuando celebró su 50º aniversario en Bogotá en el 2009, la CLAR había elegido como tema: “Una vida religiosa místico-profética, al servicio de la vida”.

³⁶ JUAN PABLO II, *Vita consecrata* 110.

¿Cómo concluir estas páginas en las que quisimos expresar todo el interés de la Carta del Papa Francisco, sino recordando lo que, evidentemente, la anima? Esto es, la convicción de que los religiosos son caminantes que tienden hacia el lugar de donde emerge la luz, de donde surge la vida y donde se ensancha el horizonte. ¡Vayan adelante! ¡Despierten al mundo! ¡Estén atentos a lo que está viniendo!, repite sin cesar...